

CRISTIÁN Y YO, de Augusto D'Halmar

Con frecuencia, se ha dicho que los poetas líricos viven realmente enamorados de las mujeres cuando llegan a ser para ellos un bello recuerdo engarzado en sus poemas. Lo que supone decir que, muchas veces, la invención literaria rebasa en fuerza y en verdad las realidades sentimentales.

En la actual obra de Augusto D'Halmar las ráfagas líricas nos proyectan por las encrucijadas del ensueño. La frase bien equilibrada, en ritmo poemático, refleja brillantes constelaciones de motivos líricos sobre temas universales. Empeño de revivir fechas importantes de una existencia, por lo general reducida al esquema de unas ideas y emociones. Eterna nostalgia de una mujer, de un tipo femenino, tornasolado en el espíritu por el juego de la distancia y de la memoria. Insistencia que hace pensar en las sombras, en los esbeltos fantasmas que brotan de algunos libros de versos. Obra de poeta que vuelve a gustar en toda su intensidad las emociones de la ternura cuando el objeto de la inspiración se halla profundamente perdido en la distancia infinita del sueño.

Transcribir los escarceos de la sensibilidad adolescente es, sin duda, la gran misión de los poetas. Y los descubrimientos literarios consisten en combinar ideas susceptibles de ser articuladas y, que por lo general, estaban sueltas, aisladas. Así, la novedad y originalidad de ciertas obras reside, ante todo, en una combinación particular de elementos ya existentes. Combinación que no tiene por objeto hallar nuevas emociones, sino utilizar las ordinarias, elaborarlas poéticamente, con originalidad en su presentación, algo así como una manifestación de excelencia técnica.

Augusto D'Halmar, artista de las letras nacionales, ha recogido en su obra «Cristián y Yo», una serie de narraciones diversas. Sombras de mujer, desesperanzados ideales, la voz lírica del tiempo que ya fué, motivos de belleza animados en la

sencillez de una maestría acabada. Escritor fundamentalmente lírico, abandona voluntariamente los protagonistas de sus cuentos para insertar en el discurso facetas de su personalidad, el segundo yo que justifica el capítulo inicial de la obra.

Las figuras de Mama Dotea y Selika, de Coilipo y Davis nos muestran concreciones de ternura hecha poesía, brotada sin esfuerzo.

En el cuento titulado «Números» el autor evoca aspectos del vivir, cristalizado en cinco sensibilidades distintas. Hombres que arrastran sus pensamientos en horas perdidas, en un trabajo inútil. Y, por otro lado, el ideal puesto en los jardines de la fantasía, en la imagen floreal de las constelaciones celestes. Siempre el suave tinte de melancolía, los sueños, «únicos frutos que maduran al resplandor de la luna».

El cortejo de un entierro a través de los campos y su elemental realismo nos hace pensar en los versos de Pezoa Véliz. Y la callada tragedia del fabricante de juguetes, inventor de todas esas maravillas que han recreado nuestra infancia, cuento trazado por el autor en 1903, nos orienta en ese camino de melancolías que constituye, por lo general, el rico venero de Augusto D'Halmar.

¿Resonancias de otras literaturas en la obra de D'Halmar?

Posiblemente lo mejor de algunas. Porque entre los verdaderos artistas de cualquier tiempo y lugar hay una comunidad inconsciente. Con razón se ha dicho que al artista de segunda categoría no se puede permitir la entrega a ninguna causa común pues su tarea principal consiste en la afirmación de todas las diferencias insignificantes que lo distinguen. Solamente el hombre que tiene tanto que dar que puede olvidarse de sí en su trabajo, puede permitirse colaborar, permutar, contribuir.

En el prólogo, Mariano Latorre nos da una visión documentada e interpretativa de las dos corrientes antagónicas que predominaban en el ambiente literario de Santiago cuando Augusto D'Halmar inicia sus colaboraciones juveniles. Influen-

cias francesas en la novela, y el triunfo del rubenismo en la poesía. Ya desde aquella época las creaciones del autor de «Cristián y Yo» fueron, en las letras nacionales, un fermento de renovación, de nuevos horizontes. Hoy, el autor, en su plenitud nos entrega algunas páginas sentidas y pensadas en la adolescencia con la esperanza de una posible resurrección en el alma de otros adolescentes. «Tal viene a ser la magia del arte, cuya juventud es perenne».—VICENTE MENGOD.



CHARLA ENTRE UN ESCRITOR Y UN PRE-ESCRITOR

—Ahora que ya he terminado de leer a los más notables novelistas clásicos y modernos, y ahora que estoy de vacaciones quiero aprovechar mi innata facilidad de redacción para escribir una novela; pero ¿sabe? me falta el tema. ¿Podría usted sugerírmelo?

—Su caso, joven, se parece al de aquel buen burgués que ha comprado un automóvil y, con el motor en marcha, no encuentra dónde ir a pasear. Usted, con su cultura y su tiempo libre, dispone aún de menos de la mitad de los materiales que se necesitan para hacer una buena novela. Usted busca un tema, usted quiere ir de paseo «hacia afuera», en circunstancias de que el asunto, el paisaje temático, está siempre «adentro» del escritor mismo. Es claro que hay escritores—no los mejores—que necesitan del incendio de una ciudad o de una masacre para poder escribir una novela. Mas, los buenos escritores llevan el tema dentro de ellos mismos; y del exterior apenas si utilizan un mínimo de materiales. Por ejemplo «El Adolescente» de Dostoyewsky y «Soledad» de Maupassant, carecen casi en absoluto de materiales objetivos; pero léalos usted y cuánta vida encontrará en ellos. Y es porque las mejores obras literarias comúnmente no tienen argumento.